

“Fe de ratas”

Estoy seguro, Sr. Director, de que ni a Ud., ni a mí, ni a nadie, nos resulta grato sacar el tema de las ratas como motivo de conversación, y menos aún cuando los hechos nos fuerzan a hablar de convivencia con ellas.

A nosotros no nos agrada su compañía, pero da la impresión de que a ellas sí les agrada la nuestra. Por eso salen del mundo subterráneo, en los lugares tan exóticos como la Plaza de Santa Clara o la Plaza del Real, para jugar con nuestros zapatos, o para corretear y brincar mientras tomamos una cerveza, sentados frente a un velador, al aire libre.

Es la fauna roedora -habitante de las tinieblas- la que emerge a la luz crepuscular o a la luz de las farolas, para distraer a los paseantes aburridos. Para dormirse, aconsejan contar ovejas, y para desvelarse y enervarse aconsejo yo descubrir y contar ratas en las plazas céntricas de Castellón, no lejos del palacio municipal.

Da pena pensar el futuro tan poco halagüeño que espera a estas ratas, porque las pobres se exponen a morir pisadas inadvertidamente por cualquier turista, o quizá por un empleado municipal, distraído, que camina hacia el Ayuntamiento o regresa de él, o a lo mejor por un contribuyente, que camina pre-

suroso, preocupado por llegar a tiempo para pagar sus impuestos dentro de plazo.

Tampoco los ciudadanos podemos esperar nada bueno asociándonos a tan infectas compañías, y compartiendo su vida y sus paseos.

Perdóneme, Sr. Director, si, cuando pienso en ratas, viene a mi mente automáticamente la imagen deslumbradora de un raticida, lanzando rayos y centellas. ¿Habré descendido yo a tan abyectos niveles de crueldad?

Las autoridades sanitarias de Castellón, unidas como una piña, deben constituirse en Ministerio Local de Defensa, y declarar urgentemente una guerra sin cuartel a la prolífica población ratonil, que tan descaradamente pretende codearse con nosotros.

Hay que acabar con las ratas. Hay que declararles la guerra química, física y nuclear. Hay que entrar en su terreno, “persiguiéndolas hasta el centro de la Tierra”, como se dijo cierta vez en otro contexto.

Las páginas de su Diario deben constituirse en clarín de guerra, y si así lo dispone y proclama Ud., Sr. Director, los que de verdad amamos esta hermosa ciudad de Castellón le quedaremos muy agradecidos.

Antonio García Verduch